

Territorios y Fronteras en el Teatro para las infancias.

Diego Biancotto

Dicen que somos un poco ese espejo que nos muestra nuestra patria.
Dicen que la patria es nuestra infancia.
Dicen que somos aquello que miramos.
Ojos que se reflejan.
Como un faro.
Un pentaprisma que nos abre mundos.

Siempre, para empezar a hablar de teatro, mi cabeza se transforma en un viejo proyector de diapositivas, por donde pasan automáticamente, frenéticamente, retazos de memoria, inconexos, absurdos, melancólicos, humedecidos por las gotas de la nostalgia. Pero siempre, este proyector tiene un mismo lente, aquellos ojos del comienzo del asombro.

Cuando tenía 6 años, en Colón, Provincia de Buenos Aires, mi pueblo natal, existía una Escuela de Bellas Artes, donde me incorporé como alumno en uno de los lenguajes: TEATRO. La profesora, Ana Leyes de Chiaravalli, pensaba que las obras de teatro eran para compartirlas con mucha gente, en muchos escenarios... No se conformaba con las funciones reglamentarias de un taller; en el espacio de la escuela, ella pensaba más allá, ella convidaba el desafío de arremeter en nuevos tablados, de ir al encuentro de nuevos espectadores. Así que a mis 7 años, hice mi primera gira teatral, llevando la obra "Caperucita Azul" a los pueblos de Jujuy. Aún hoy, me parece increíble semejante empresa.

Cuando crecí, ese deseo de pequeño explorador en el arte, me llevó a conocer la Escuela de Teatro de la Provincia de Buenos Aires, en La Plata, donde me recibí de actor y de profesor... Al finalizar la carrera, me animé a dirigir, y ahí es donde aparece nuevamente la figura de aquella maestra, aparece el legado, la necesidad de ir un poco más allá... Algo borroso que lentamente se va focalizando, solo es cuestión de mover el lente.

El carril de diapositivas, corre en automático. Empiezo a fraguar la idea del Teatro de la Utopía, en oposición al Teatro de la Distopía. Comienza la etapa de la experimentación. Pensar una obra para público juvenil, sin los cánones del teatro para chicos. Salir de ese perímetro conocido en mi propia infancia, para indagar nuevos territorios. No sería la copia de la forma, lo que aquella maestra me había encomendado, sino tal vez, sería la prepotencia de trabajo, parafraseando a Arlt.

Mi primer trabajo empírico, fue por el año 2000, cuando habiendo finalizado la carrera, nos encontramos con un grupo de amigos, a la deriva, náufragos del transatlántico de la educación. ¿Cómo vivir de aquello que estudiamos? ¿Cómo producir con las herramientas que tenemos? ¿Cómo hacer arte en un mundo neoliberal siempre a punto de explotar?

Dicen que en el caos es posible encontrar un orden, como así también, los melones se acomodan en el carro que anda. Entre mis bártulos de estudiante pueblerino en la ciudad de

las diagonales, descubro un libro, un cuento que me habían regalado en mi infancia, justamente en el momento en que empecé a tomar clases de teatro, y que como un presagio del destino iba acumulando notas con lápices de diferentes promociones, de distintas épocas. Cada año imaginaba una forma de adaptación de esa historia, y cada idea estaba garabateada en los márgenes de las hojas de aquel desgastado ejemplar. Ese reencuentro con mi niñez en mi adultez, significó mi primera dirección teatral. En ese entonces, sin saberlo, comenzaba un camino que aún hoy transito: deambular el universo de las infancias desde el motor del teatro.

Teatro para las infancias

El nomenclador de rubros teatrales de todos los tiempos nos indica que hay un Teatro y un Teatro infantil. ¿Cuántas veces estamos frente a la aclaración: “es una obra de teatro infantil”? Parecería que existe la obra de teatro y la obra de teatro infantil. A mi criterio, como al de muchas personas más, la terminología para encasillar los espectáculos destinados a un público infantil específico, no debería denominarse Teatro Infantil, ya que la palabra teatro viene acompañada por un adjetivo calificativo, y denota de esta manera la representación en el imaginario colectivo de un teatro más chico, una especie de teatro hermano menor del gran teatro, entendiéndose como gran teatro al teatro destinado para público adulto. Por lo tanto, podríamos pensar: si hay un teatro infantil, ¿no debería haber un teatro senil? Más allá de esta ironía, creo que es conveniente reflexionar acerca del término que orienta a las y los espectadores. Pienso que si queremos encasillar los espectáculos en virtud de las audiencias para las que fueron concebidos, más que en un adjetivo calificativo que acompañe la palabra teatro, se debería pensar sencillamente en una preposición: “para”.

Lo que se enuncia, es lo que se sistematiza, por ese motivo pretendo resaltar la formulación de la especificidad que pretende encasillar al teatro en función de sus destinatarios. En el común denominador, estimo que esta forma de decir puede resignificar el contenido de su condición. Puede ser una forma de negar, de menospreciar, de banalizar, de quitar importancia... Insisto en la necesidad de tensionar la forma de nombrar este campo de las artes escénicas, para indagar desde su raíz el territorio en el cual las chicas y los chicos contemporáneos observarán, serán testigos fieles de esas teatralidades que le presentamos. Propongo ser conscientes de la responsabilidad que implica llevar de la mano a esas nuevas generaciones hacia el asombroso infinito de la escena; tengo la convicción que lo teatral no solo es para entretener, vacacionar, aprender, divertir... Es además, para espectar, con todo lo que esa palabra incluye.

Teatro de la Utopía y Teatro de la Distopía

Dentro del Teatro para las infancias y las jóvenes audiencias, propongo reflexionar a partir de dos territorios de la creación: el Teatro de la Utopía y el Teatro de la Distopía.

El teatro de la Utopía, puede pensarse, como su nombre lo indica, que es un teatro inalcanzable, un plan ideal, improbable que suceda o que en el momento de su formulación sea irrealizable. Pero en este caso, se propone el término utopía, relacionándolo directamente con la infancia, porque el campo específico es indescifrable, y a medida que el tiempo transcurre va siendo cada vez menos asequible; los hacedores de teatro pretendemos navegar en los océanos de cada niñez, pero esas niñeces varían por sus

contextos, sus épocas, sus deseos, sus frustraciones. Entonces, ¿cómo llegar a ese universo propio de cada niñez, cuando nuestra propia infancia se aleja y nuestra adultez nos condiciona? El mundo que les acercamos a través del teatro es nuestro mundo, podemos intentar descubrir sus intereses, sus miedos, sus anhelos y sus sueños; pero nunca podremos vivenciarlos. Hacemos teatro para ellas y ellos, tratando de habitar sus mundos, o mejor dicho siendo emigrantes de un mundo parecido, pero ya extinguido, solo invocado, pero diferente.

Por lo tanto, el mundo que les revelamos es nuestro mundo tamizado por aquellos ojos de nuestra infancia, lejana, dormida, anhelada; pero otra, propia, nuestra. La infancia de hoy no es la misma de la de ayer, por consiguiente para crear desde el Teatro de la Utopía, se toma como eje la premisa de nunca llegar. Se propone establecer preguntas, que conlleven a nuevas incógnitas, como en un moebius eterno, vagar empapándose de la famosa tormenta de ideas. No importa la llegada, aunque angustie la certeza de que el destino es incierto.

El teatro de la Distopía, es aquel del que se debería correr, alejar. Un frente al cual dar batalla, una especie de teatro mortal a lo Brook. Un teatro reglado por las normas de lo que la infancia es, debe ser, debe ver, debe querer. Plantea un mapa en serie que dictamina los contenidos, objetivos y recursos. La obra debe tener un mensaje, una moraleja. Desarrolla un canon de colores, de bailes, de canciones, de formas preestablecidas. Delimita un marco que permite estar dentro de lo que define como infantil: uso del espacio, uso de un lenguaje particular, formas de actuación, duración de la obra, día y hora en que se representa. Todo fríamente calculado para ser considerado teatro para las infancias. No se permite salir del margen, no se permite estar en la periferia. No se permite la experimentación. Si hay un punto de llegada, se confía en las vías transitadas para llegar de la manera más segura, fundamentalmente si las vacaciones de invierno se aproximan.

Jugando un poco con las definiciones y las terminologías, me parece cautivante poder encontrar territorios para indagar sobre cómo hacer teatro para las infancias. Pasando revista por algunas de las experiencias vividas, pienso que siempre estamos debatiendo entre ese Teatro de la Utopía y aquel Teatro de la Distopía. Es una lucha que se plantea en cada inicio, tensionando lo establecido y temiendo ante el sinfín de preguntas que se aparecen. Bucear en el Teatro de la Utopía, no es fácil, es puro riesgo, adrenalina y nunca tiene el mismo desenlace. Pienso que es terreno donde se admiten dinámicas propias para cada obra. Ahí es donde se me aparece el sistema Elige tu propia aventura, me surge del acopio de diapositivas retentivas de mi propia infancia, eso me ayuda a organizar el desorden, pero me pone en alerta de no quedarme en mi terreno individual, tengo que seguir generando nuevas imágenes a partir de esos recuerdos personales.

Todo indica que es difícil correrse del Teatro de la Distopía, es que siempre aparece en los ecos que sobrevuelan la escena del teatro para las infancias, el campo de tensiones crece y se potencia por el imaginario colectivo: "Yo estoy arrancando en la actuación, así que me meto en el infantil, después me podré dedicar a algo más serio". "A esa obra le falta color, sino no es para chicos; los chicos quieren color, música y baile". "¿Cuál es el mensaje de la obra?".

Como vemos, el camino no es fácil, pero creo que una balsa sostiene al Teatro de la Utopía, y esa balsa es la metáfora. La metáfora construye una visión del mundo, y a través de ella

podemos conectar imágenes y conceptos. La metáfora nos invita a pensar, a jugar con aquello que miramos. Creo que esta es la llave más ambiciosa que nos entrega el Teatro de la Utopía, una llave que abre mil puertas, pero sus cerraduras están escondidas. El desafío es sumergirse en esa búsqueda, que es como mirar el mundo por primera vez.

Para reflexionar sobre el hacer teatro, y en particular el hacer teatro para las infancias, lo que me nutre es enseñar teatro, "dar teatro". Dar teatro en escuelas, en clubes, en teatros, en plazas; porque en ese dar está el aprender, el mirar, el ver, el redescubrir, en las chicas y los chicos del hoy, una reminiscencia de aquel territorio que uno atravesó años atrás. En esa observación, explota el Teatro de la Utopía, está ahí, casi al alcance de la mano. Cada grupo de pibes y pibas que generan teatralidad, ponen en evidencia cada uno de los conceptos que pretende alcanzar ese tipo de teatro. Se consigue, lo logran atrapar, pero es tan efímero, tan fugaz, que se desvanece luego de encenderse. Como el teatro. Como la vida.

Y después en una sala de ensayo, viene un grupo de actores adultos, tratando de recuperar algo de esa energía cinética que vieron, intentando que algo de esa potencia residual sirva para la escena; pero todo se evapora, y quedan las viejas diapositivas de nuestro propio pasado.

Quizá, habrá que permitirse tropezar, reaprender a ver, capitalizar el error, lo azaroso del ensayo, esa prueba inacabada que nos devuelve gloriosos momentos o nefastas derrotas. Y prestar atención a los ojos de esas chicas y chicos del hoy, siendo espectadores de este mundo, porque en esa mirada se refleja el todo. En esa mirada se espeja su humanidad.

Ya lo dijo Bruno Munari: "La fantasía, la invención y la creatividad piensan, la imaginación ve". Tal vez, para encontrar aquella llave, solo resta volver a imaginar con los ojos de nuestro territorio perdido.